



Epílogo a *Para vivir el teatro*

Esther Seligson

Es difícil explicar tan tenaz pasión por el teatro sin remontarse a una infancia en la que no existía la televisión, y asistir al cine o al teatro era un acontecimiento de tal magnitud que los preparativos llevaban, entre vestirse con lo mejor que se tenía en el guardarropa, peinarse con esmero, sestear a veces los niños (no fueran a dormirse durante la función), y acicalarse los adultos igual que si fueran a una gran gala, más tiempo que lo que podían durar las funciones propiamente dichas. Y mi madre era una entusiasta del teatro y del cine —pero sobre todo de la ópera donde iba sola, pues, ahí sí, mi hermana y yo apenas le entramos ya adultas, y mi padre era absolutamente reacio, amén de trabajar seis días a la semana en su changarro de relojería allá en las calles de Corregidora y no tener tiempo para dedicarse a esos “ocios”.

Fascinación irrestricta: no tengo otra forma de nombrar a esa incondicionalidad física, emocional y mental que “padezco” en cuanto me convierto en espectadora de una obra de teatro. Al cine —que fue igual un alimento tan enriquecedor como la lectura desde tempranísima edad— llego con otra disposición, quizá porque siempre fue un acontecimiento más cotidiano (alguna de nuestras nanas, generalmente acompañada por el novio, nos “invitaba” a escondidas de mi madre a las funciones dobles del *Teresa* o del *Gloria*, incluidos dulces y palomitas a cuenta del acompañante, claro) y en el que, hasta la fecha, siento una especie de “evasión”, de ánimo, de ensoñamiento que no me producen ni el teatro ni la lectura donde invariablemente encuentro a un interlocutor directo, presente, “de carne y hueso” digamos para abreviar.

Es cierto, como señala Vicente Leñero (quien le dio el título a este libro y me invitó a escribir en *Proceso*), que nunca di clases de actuación, que nunca subí a un escenario para actuar (¿quién va a creer que tengo pánico escénico?), que aún no he escrito una obra de teatro y que no sería capaz de dirigir ninguna porque carezco de la mínima paciencia necesaria que requieren los abrumadores y contagiosos estados de ánimo, conflictos existenciales y veleidades de los actores. Paradójico. Y sin embargo, amo insensatamente todo lo que se relaciona con la puesta en escena, su materia viva, demiúrgica, proteica, el misterio de ver encarnada a la Palabra en el cuerpo de los actores, en la iluminación, el vestuario, la escenografía, la música, el trazo de la dirección, las improvisaciones, los nervios de las noches de estreno, esa euforia “mística” (con la contraparte “histórica”) de cada noche de función posterior con todos sus altibajos y desencuentros, también, ¿por qué no?, al fin y al cabo el Teatro es como la vida misma, si no es que más *real*, con sus traiciones, desilusión y demáses...

Al releer estas crónicas, reflexiones, críticas, como quiera que cada lector las considere, veinticinco años después de haberlas iniciado en *Proceso* (posteriormente lo hice en *La Jornada Semanal* y, a partir de 1995 hasta 1999, seguí escribiéndolas en *La Jornada* y el suplemento cultural de *Ovaciones*, aunque no con tanta asiduidad), me maravilla comprobar cuán férreas siguen siendo la voluntad y la vocación de teatristas mexicanos cuyo trabajo aún está presente en los escenarios, maduro, incansablemente abierto a nuevas propuestas experimentales y, a la vez, cuántos jóvenes —universitarios



o no— continúan empeñados en trazarle surcos inéditos a esas tierras del teatro mexicano que, no por estar, aún, tan entrampadas en los vicios burocráticos, presupuestales, de falta de apoyo, etcétera, dejan de ser tan nobles y feraces.

Duelen, a la lectura, las ausencias de seres para mí entrañables que me enriquecieron a través de su trabajo: Cuauhtémoc Zúñiga, Ludwik Margules, Julio Castillo, Jesús González Dávila, Sergio Jiménez, Nacho Sotelo, Óscar Liera, Hugo Argüelles, Gerardo Mancebo del Castillo Trejo, Juan José Barreiro, Abel Woolrich, Eduardo López Rojas, Ana Gardos, Adrián Jaskowicz, el maestro Ignacio Retes, Fiona Alexander, Beatriz Sheridan, Malka Rabel, Rogelio Luévano. A ellos, entre otros ausentes, y a mis alumnos *cuteamos* que me acompañaron, acompañan y acompañarán, y de quienes he aprendido todo lo que sé del teatro y de la vida, dedico esta suerte de Bitácora...

Pero, ¿cómo llegué a escribir de y sobre teatro y a incrustarme literalmente en las aulas universitarias? Mi abuela diría que es de personas decentes (“dar las gracias no empobrece”) reconocer a nuestros benefactores, y fue Héctor Azar quien el primero me invitó —a raíz de las traducciones y ensayos que sobre el llamado teatro del absurdo publicaba yo en el suplemento cultural de *El Herald* dirigido por Luis Spota— a dar un curso de verano sobre Teatro Clásico en la Casa del Lago allá por 1965, y de ahí pa'lante...

Entre los agradecimientos innúmeros que tendría que hacer (empezando por Rogelio Flores que se tomó la molestia de capturar y enviarme parte de estos textos), y por Miguel Ángel Quemain (dueño de un archivo exhaustivo donde conserva la memoria teatral desde los años ochenta), está uno especial a Francisco Álvarez Vázquez (México, 1952), el insustituible Pancho, porque juntos —pero no revueltos— hemos recorrido peldaño a peldaño los laberínticos vericuetos escherianos del quehacer teatral, cada quien en lo suyo (él siempre presencia y apoyo), pero ambos en los espacios del Centro Universitario de Teatro (CUT), desde su sede en San Lucas 16, en Coyoacán, bajo la dirección entonces de Héctor Mendoza, donde Pancho llegó un día de abril de 1973 a cuidar el jardín pero en realidad a curiosear tras la gente que iba a montar y construir las escenografías, hasta que cuatro años después se le dio chance de operar la iluminación. En 1976, entré a dar clases invitada por el maestro Mendoza. Después nos trasladamos al Centro Cultural Universitario en 1980. Ahí, en 1991, Pancho se convirtió en maestro de *Mecánica teatral* (producción, escenografía, tramoya, audio, luz), amén de ocuparse de eso mismo en el Foro, hasta el día de hoy. “Soy parte del inventario de la UNAM”, dice... y así me considero yo también...

En algún lugar de su vasta e importante obra, Vicente Leñero define al teatro como un “festín efímero”, y efímeras, fugaces, percederas serían igual estas reflexiones si no fuera porque la “eternidad del Libro” las contiene hoy a la manera de un Diario que pudiera serle útil a las nuevas generaciones de teatristas, en tanto testimonio y material de conocimiento de una época que no por tener fechas específicas deja de ser y estar vigente, pues, parafraseando a Segismundo, la vida es teatro, y el teatro Teatro es, aquí y ahora, siempre... **U**

Me maravilla comprobar cuán férreas siguen siendo la voluntad y la vocación de los teatristas mexicanos.